

ELOGIO DEL JAZMÍN Y DEL TOMILLO POR LOS VIEJOS CAMINOS MARAGATOS

Andrés Martínez Oria

Recorrí a pie la tierra maragata del 23 al 28 de junio de 2004. Dormí en casas rurales y tomé buena nota de la gente y de los caminos que anduve. Mi intención inicial era comprobar sobre el terreno lo que pudiera quedar del viejo mito. Al respecto, el viaje contribuyó a aumentar el escepticismo que siempre he tenido por el tema. La realidad, quizás como lo que reflejan las crónicas históricas, tiene bien poco que ver con la leyenda. Pero me ayudó a hacerme una idea distinta, personal e íntima de la Maragatería. Si es que se puede hablar, unitariamente, de una comarca así llamada. Lo que más me interesó, lo único que me interesa de los viajes, fue la experiencia particular de la gente que fui encontrando. Su forma de ver la vida. Su sentido de la existencia. En el fondo, viajar y observar la vida ajena es una forma de darle sentido a la propia.

Lo que aquí figura es un extracto del capítulo primero, Piedralba. No sé si es lo más significativo, pero es lo que más a mano me vino. Es lógico, ¿no? Me resultaba difícil "tomalle" por el medio.



Cementerio viejo. Piedralba

Miércoles 23 de junio

El caminante, que se ha propuesto en muchas ocasiones escudriñar el aire leve de esta tierra, de los oros crepusculares de Astorga al azulino brumoso del Teleno, se pone la ciudad a la espalda en menos de lo que canta un gallo y se echa al camino con el mejor humor que puede. Astorga es ciudad antigua como la que más, obispado apostólico del siglo I y murallas de ni se sabe. Astorga es, según la tradición, el solar santo más antiguo de los que subsisten en la península, que ya es decir, fundado por el mismo Habidís en persona, rey sabio y prudente, hijo de Gárgoris, rey de Tartesos, y está rodeada de comarcas tan viejas que apoyan el pie en el mismo arcano, eso hay que saberlo antes de dar un paso, si no es inútil todo lo que se ande. El caminante lo tiene muy en cuenta y, respetuoso y sabedor de lo que inicia, con la primera luz tira Postigo abajo en busca del Jerga, la ciudad ya en el pensamiento más que en los ojos. El Jerga puede figurar como río si se quiere, río de larga prosapia histórica, pero hay que dejar claro, para no mentir ni andar con tapujos, que es un río sin agua, un río que no llega a la categoría de arroyo ni regato, el Jerga es un río metafísico más que nada, un río tan del espíritu que no tiene necesidad siquiera de mostrarse en su ser corpóreo, tangible y húmedo. El Jerga aparece en los documentos medievales más rancios y apolillados, y con eso tiene bastante. El Jerga es mucho río, aunque no lleve una gota de agua, eso también hay

que saberlo si no se quiere ir por la vida ignorante y desnortado. Los viajeros europeos siempre se burlaron de los ríos españoles porque los suyos, hay que admitirlo, llevan más agua, pero a renglón seguido deben saber que sus ríos no tienen ni de lejos la probada ejecutoria de los españoles. Y si no, papeles. A cada cual lo suyo. Y sin embargo el Jerga es a estas horas un emporio de lucha por la vida. El croar de las ranas, el canto de los mirlos, el revuelo de los pardales en la pradera recién regada, el paseo de las madrugadoras acompañadas de su perro avivan el fluir silencioso de un agua sin pretensiones.

El caminante va Jerga arriba por la arboleda de la Eragudina, chopos, arces, abedules, falsas acacias, en busca de un camino antiguo que sale al pie de Fuentencalada y lleva a Piedralba. Fuentencalada es uno de esos rincones íntimos del atardecer astorgano. Una fuente de traza clasicista, qué regusto romano en sus piedras bien talladas, magnífica inscripción neoclásica, HVNC FONTEM LABEFACTVM ASTVRICENSIS SENATUS PROPRIIS SVMPTIBUS RESTITUIT ET ORNAVIT ANNO DOMINI MDCCLXXXVIII, sueña cada atardecer de grana y oro frente a los tesos y los campos baldíos. Los caños están secos, pero hay agua en el fondo de la pila como si aún manara débilmente un hilo que debería llegar al monasterio de Santa Clara. El caminante, que ha entrado un momento a unirse de este agua reverencial, hace chirriar la cancilla y coge el camino, mencionado en textos medie-

vales, que va por el Juncal, entre fincas habitadas y naves de plástico dejadas a la desidia y al cuidado de algún perro tiñoso, a la vera de la ruta de Sanabria. Al remontar el primer recuesto, antiguos barreros de arcilla blanca que en invierno se convierten en charcas donde van a beber los pajarracos de mal agüero y cebadales de poca paja, invadidos por el carderío, las amapolas y la magarza, el caminante vuelve la vista atrás y se queda mirando un buen rato la ciudad rodeada de murallas, el espigón del jardín sobre los altos muros, la espadaña de San Francisco, el edificio del Seminario iluminado por la primera luz, la más prometedora, tanta piedra para nada, hoy casi vacío, las torres de la catedral erguidas sobre el óleo de tejados rojos, el arrabal de Rectivía, los pabellones del cuartel, Valdeviejas, diluidas las casas en un delgado trazo en sombra. Astorga son muros, torres y tejados. Astorga es un estar eterno sobre el cerro, avizorando el llano y los montes desde el aire altivo de las águilas. Astorga es humilde a tanta altura. Astorga es barbacana del viento para mirar cara a cara a su montaña. Aunque perfilada sobre las cumbres lejanas de los Montes de León, Astorga no tiene más montaña que su alma gemela del Teleno. Astorga y el Teleno. Entre esos dos vértices de musgo y piedra, hartos de siglos y de historias, está la tierra que el caminante quiere hollar paso a paso, hora a hora, con afán humilde y porfiado.

En la ladera recién arada, picotea el bando de palomas. Hacia Piedralba vuela el águila, va a posarse en unas pacas medio podridas y retrocede hacia los ramajos de un chocho desmedrado. Un poco más adelante, el camino queda cortado por el tajo de la autovía y hay que buscar la alcantari-lla de una reguera, atolladero, barrizal alimentado por las lluvias recientes, para cruzar al otro lado. Las autovías están muy bien para el usuario ajeno al polvo de los caminos, son el presente y el futuro y todo lo que se quiera, pero nadie se para a pensar que sajan el mundo en dos mitades y las pobres alimañas, y a veces las personas, se quedan boquiabiertas y cariacontecidas sin saber qué hacer para salvar el trance, se acobardan y dan la vuelta con el rabo, o sin él, entre piernas. Mucho desarrollo y pocas atenciones con lo que sobrevive como puede alrededor, eso es lo que traen las autovías. Tanta prisa para nada.

- _ Tiene usted razón, oiga, si todo ha de quedar aquí.
- _ Pues ya está, hombre.

Salvado el primer obstáculo, el caminante sale al camino de arcilla roja y le parece que va pisando ya tierra maragata. Es un sentir de dentro, más que otra cosa. Ese

tránsito del barro blanco al rojo es un aviso de lo trascendente. El caminante se ha liberado de ataduras, ha dispuesto el alma para el viaje solitario y anda ya metido en el introito. Pasadas las cercas de una finca abandonada hace muchos lustros, donde venía a dar el camino de Oteruelo, apuchuga con el primer sofocón y llega al alto de la Cruz. A la derecha del camino, en otro tiempo loma de viñales, se alzan cuatro gradas de piedra con una cruz de madera que en otoño cayó abatida quizá por la vejez, la carcoma, la desidia, los vientos del último temporal. Pero se ha repuesto el diez de abril de este año, viva la diligencia. Todavía sin una mano de pintura, los brazos que antes iban de naciente a poniente guardan ahora de norte a sur la tierra roja de la arada, el monte de tojales, la neblina de las montañas, el cielo azul de primavera, desde los muros de Astorga al caserío de Piedralba. En el alto de la Cruz, el aire tiene aromas silvestres y es tan transparente que deja ver como en un prisma de cristal las tierras adustas de Maragatería, los pinos del lomazo, el alto de Manjarín, el teso de la Zarza, el castro Encarnado, los oteros solitarios que los amacos convirtieron en moradas, el espina-zo gris y pardo que cierra el horizonte al mediodía, la ciudad adormecida en sus murallas, silenciosa, ensimismada.



Construcciones tradicionales semiderruidas. Piedralba

El caminante mira alrededor las lomas terregosas que ya presintió a la espalda en Fuenteencalada, laderas hoscas en su extrema sequedad de cardos y gatiñas, campos inertes, consumidos hasta el último jugo en un vacío sin aliento ni sustancia, tierra amarga que aquí ya se augura como en esos sueños donde sólo tintinean ecos de barro endurecido y polvo mineral, un paisaje que hiela cualquier atisbo de entusiasmo, que estruja el corazón hasta dejarlo inerte, que sume la mirada en un estupor sin lindes ni fronteras, en una pesadilla de alcores sin aristas que sólo sugieren el silencio de las encrucijadas y caminos, la ruina de las huertas y las casas, el abandono de las iglesias y los cementerios, el aire dejado a los pajarracos sin alma. El caminante mira y se siente extraviado en el terreno, desalentado, sin asideros donde poner la mano, como una sombra que regresara a los paisajes más adustos de la infancia. El caminante mira y se ve a sí mismo agostado como los sarmientos de la vid bien andado el otoño, estremecido en la memoria sin ríos y sin árboles. El caminante mira y sólo percibe ese olor de las cosas vacías, de las puertas abiertas a la intemperie y las casas sin moradores que cuelguen la vida en las paredes, la hoja de tocino, la hoja del calendario, la hoja del guadaño. Es imposible asirse a nada, salir a flote, hallar un remanso de vigor en este océano desmoronado. Cómo no ir a buscar la vida fuera, a otra parte. Cómo no emigrar. Cómo no huir. Ver Piedralba desde el alto de

la Cruz es tener delante el cuadro acabado de la Maragatería. Y luego dicen que Piedralba no ha sido nunca maragata.

El camino de concentración, que lleva entre orlas de hierbajos amarillos y malvas hasta el pueblo, ha borrado la senda vieja que iba entre viñales y centenos, tierra de escaso vino y poco pan. Sobre las choperas del río, vuela con prisa la cigüeña. En una ladera hay otras diez o doce al sol, quietas como garabatos de alambre mal trazados. El aguilucho da las primeras lecciones a sus crías. Al cami-



Alto de la Cruz. Piedralba

nante, en sus tiempos mozos, le tocó arar estos pagos y partirse el lomo y los riñones tras la vertedera tirada por el dócil percherón. El caminante, en aquellos días lejanos, bien que regó estos andurriales con su sudor y de vez en cuando con alguna maldición. El caminante maldijo estos campos todo lo que pudo, pero ahora, es curioso y más que nada tierno, ha aprendido a amar la tierra pobre de los orígenes. Se ama lo que se pierde y, sobre todo, aquello que no mata a disgustos ni trabajos. A mano derecha han levantado una de esas naves que no se sabe a qué se destinan, un mamotreto que sienta como un sopapo mal dado al paisaje, y a poner cercas de alambre a todo lo que pillan. Hay que ver. A la otra mano queda el cementerio nuevo, cuatro paredes sin un árbol, ahora acaban de plantar unos cipreses, escueto, anodino hasta la exasperación, con mármoles que dicen Familia Andrés González, Coque Prieto, Ramos Martínez, Andrés Andrés, Blas Martínez, Turienzo Blas, Cepeda González, Quintana Quintana, Quintana Blas. El abuelo paterno del caminante, que era de Piedralba, llevaba el Martínez por duplicado. El abuelo Fernandón, se ganó el apelativo por su lucida humanidad, era buen ejemplar de maragato, aunque él no se tenía por tal y prefería llamar maragata a la abuela Isabel. Se dice que fue a buscarla a Quintanilla de Combarros un día que tenía ganas de bailongo, y era de armas tomar. La pareja supo pelear la vida como Dios manda. Piedralba y Quintanilla de Combarros vienen a quedar, sobre poco más o menos, en los extremos de la hoja o abanico abierto que dicen que es la Maragatería, con la manija en Astorga. La cuestión está en saber si forman los extremos y el agarradero parte del ventalle o no. Si el concepto de maragato estuvo en sus

inicios estrechamente unido al de arriero, *maragato y mulo todo es uno*, Astorga no fue maragata, y sin embargo es capital de los maragatos. ¿Cómo se explica esto? Poco a poco y en pequeñas dosis, como todo. En Piedralba, Oteruelo y Morales no había arrieros, y por ello no se consideraban pueblos maragatos, en cambio sí los había en Quintanilla de Combarros y hasta en Brimeda. Brimeda, hoy perteneciente al municipio de Villaobispo, en la Cepeda, estaba representada en las juntas arrieras de Castrillo de los Polvazares, allá por el siglo XVI, para proceder contra los arbitrios que querían imponer las villas de Cacabelos, Villafranca, Molinaseca y hasta La Bañeza, lesivas para los negocios maragatos. Sobre la pertenencia de los extremos, hay quien dice que sí y quien mantiene lo contrario, como tiene que ser en toda controversia que se precie.

El caminante va contento porque ve la majada vacía a estas horas y no tiene que hacer frente a unos perrazos de miedo. Así que llega al antiguo transformador con buen aire y mejor pie, y toma buena nota de los últimos techos de paja que va encontrando. El pueblo se ve que es antiguo y empieza a sonar en los papeles allá en el siglo XI, a propósito de la disputa por unas heredades llamadas Quintanilla de Arriba y de Abajo, que pertenecían al obispado. Diez siglos de ejecutoria no es poco. No son jóvenes los pueblos maragatos, que pasan la mayoría del milenio y alguno a lo mejor se acerca al par, aunque quedaran algún tiempo despoblados. Piedralba siempre vivió al arrimo de la ciudad pero hoy no es más que silencio vacío, postrer olor a humo de leña y pan antiguo, cuatro casas en las últimas y algún allegado que se va arrimando. Una pena. En un solar invadido de saúco, tan oloroso como estéril nuncio de la ruina, pierden lo que queda por perder una máquina de segar, un carro sin ruedas, una limpiadora Ajuria Vitoria y los cangilones herrumbrosos de una noria olvidada. El cereal va de capa caída y ya nadie siembra ni siega ni ata ni amorena ni acarrea ni ameda ni trilla ni limpia ni recoge. Ahora se cosecha en cosa de una hora lo poco que se sembró. Cuatro cañas para no se sabe qué, porque el centeno no lo quiere nadie y la paja se queda en las tierras un año sí y otro también para el pudricio y cobijo de las sabandijas. Triste final para tanto desvelo. El caminante pasa ante el solar de los abuelos con el corazón encogido y tira sin levantar cabeza hasta el río. El viejo puente de troncos, de lo más hermoso para pintar un cuadro de bucolismos olvidados, se mantiene a duras penas, los huesos rotos y el costillar al aire, sobre el cauce imaginario del Turienzo, fina frontera de juncos y ramas, le dijo un día Leopoldo Panero, y es verdad, el río es aquí débil frontera entre maragatos y sequedanos. Al otro lado, los antiguos pastos del común, a veces era y a veces prado, se han transformado en chopera asfixiada por un herbazal que llega a la cintura. Meterse ahí es rozar el laberinto, así que el caminante sigue una callejuela que va bordeando el río, entre rosales, y sube a un teso abandonado a las jaras y la maleza. Si estuviera en la Grecia antigua, tendría que hablar de acrópolis, pues eso es el altozano que, como una